

Asintió con los ojos cerrados. Su respiración era ahora más regular y acompasada, como la de un niño a punto de dormirse.

Me concentré, procurando hacer memoria. Me lo había recitado Clara, aquella tarde, delante de la iglesia de San Zenó. Venía en un libro que compré luego, cuando empecé a añorarla, y que también se perdió. Aunque no del todo sus palabras. Es un poema de Cavafis. Lo empecé a recitar despacito, en aquel cuarto revuelto y mal iluminado a modo de nana para el recuerdo. Y no sabía a quién se lo estaba dedicando. Seguramente a mí mismo, como siempre. Me desdoblaba en dos perfiles enfrentados que trataban de inflar el globo de la noche, de ponerle un remiendo más.

Cuando el viaje emprendas hacia Ítaca
haz votos porque sea larga la jornada.
Llegar allí es tu vocación. No debes,
sin embargo, forzar la travesía.

Hice una pausa, sospechando que me había saltado alguna estrofa. No me acordaba de más. Mónica emitió un gemido de placer.

—¿Ya no tienes ganas de llorar?

Negó con la cabeza. Sonreía adormilada.

—¿Y tú? —preguntó después de un rato, sin abrir los ojos, en una voz tan confusa que casi no se le entendía.

—¿Yo? No, mujer. Los ángeles de las despedidas nunca lloran. Ni duermen. Me voy a quedar ahí fuera, cosiendo con tus sueños viejos una silueta de sombra para que te acompañe en el viaje a Ítaca. Te la coseré a los pies. Y así el cuento acabará bien. Un remiendo que tal vez dure poco, porque nada en este mundo dura mucho, pero también se puede disfrutar de lo efímero, ¿no te parece?

No contestó. Se había dormido.

Me quedé mirando el desorden del cuarto con una sensación muy aguda de irrealidad. Pero totalmente seguro, por otra parte, de estar después de mucho tiempo en el sitio que

me correspondía y haber dicho lo que tenía que decir. Es algo que pasa muy pocas veces. Y suspiré complacido. A mí mismo me extrañaba haber sido capaz de inyectar consuelo y dulzura a un ser desesperanzado, y más aún que me hubiera salido de forma tan natural. Estuve todavía un rato mirándola dormir con el perro a los pies y esperé bastante antes de atreverme a retirar mi mano que había quedado aprisionada bajo la suya. Rebulló ligeramente y dijo «Peter», ya entre sueños. Entonces apagué la luz y salí de puntillas a la habitación de los libros. Eran las dos y diez de la madrugada.

Encendí un pitillo. Me sentía traspasado por una energía nueva, mucho más sereno y lúcido que en ningún momento de aquella noche tan larga y peregrina. Porque verdaderamente, ¡qué largo había sido su peregrinaje! Me puse a revivir uno por uno —como si quisiera descifrarlos— todos sus episodios y remolinos, que ahora se engarzaban armoniosamente en mi memoria como las cuentas de un collar.

Pero lo que no sabía es que me faltaba aún el diamante para abrocharlo. Porque poco después, revolviendo en la bolsa de deporte en busca de algún libro interesante para llevármelo como recuerdo de aquel rato con Mónica, se me apareció uno rodeado de lenguas de fuego, cuya sola visión me produjo un ataque de taquicardia tan fuerte que me asusté. Estaba en cuclillas y me tuve que sentar en el suelo, respirar hondo y buscar apoyo contra la pared. «No puede ser», murmuraba, «no puede ser.» Había cerrado los ojos, pero seguía teniendo el libro en la mano, y cuando se me pasó un poco la sensación de mareo, volví a abrirlos para mirarlo otra vez. Temía haber sido víctima de una alucinación. Pero no.

En la portada tenía una reproducción de «Caminante sobre un mar de niebla», uno de los cuadros de Friedrich que yo prefiero. Se titulaba *Ensayos sobre el vértigo*, y estaba firmado por Casilda Iriarte. Sin duda era algo que la noche me debía. Lo cogí, le dejé a Mónica una nota de despedida, me puse la gabardina y me largué a la calle.